



El Club de los  
**octópodos  
azules**



**wemaths**  
SOMOS MATEMÁTICAS







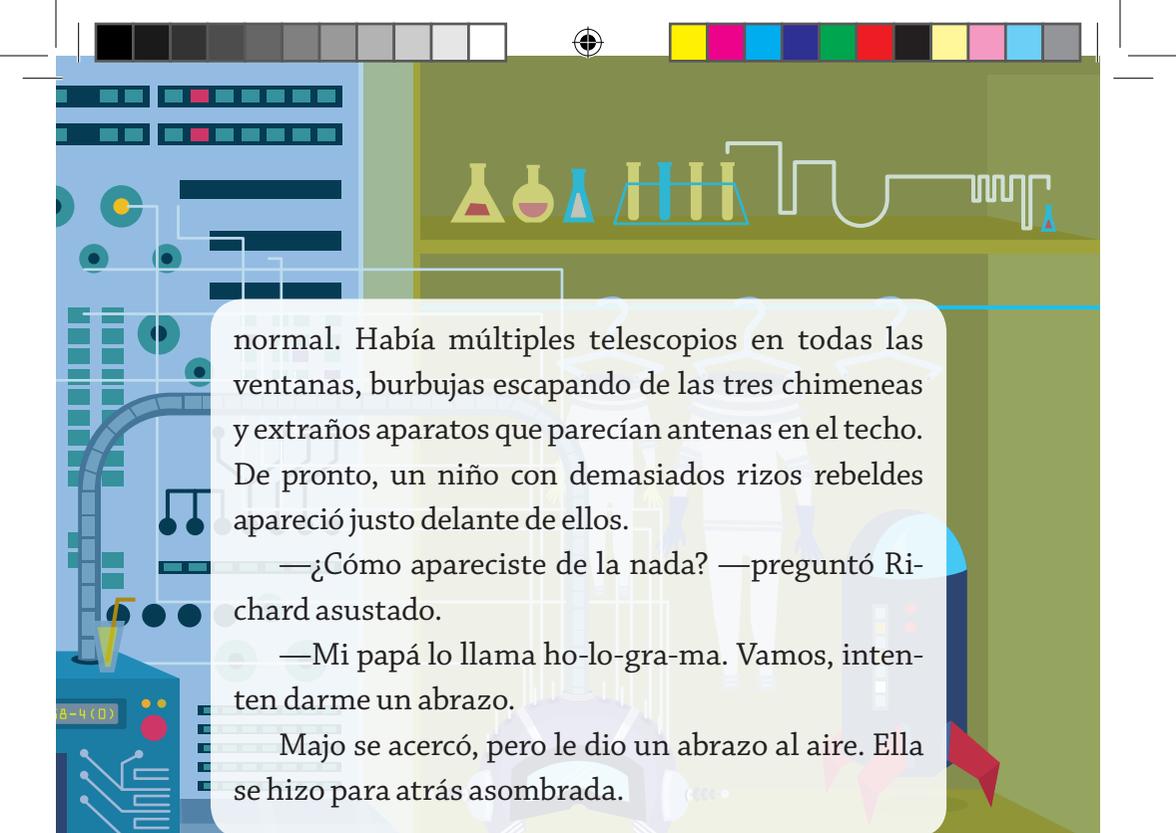
## Prólogo

**T**odos tienen algo que hacer, un lugar en donde estar, algo para trabajar. Pero, ¿quién los podría culpar? Después de todo, hay hombres volando al espacio, empresas y fábricas en todo el sistema solar y millones de mundos virtuales. Es normal que las amistades se distancien si no se les da la atención necesaria, especialmente si no los ves a diario, ¿no?

Sin embargo, este no es el caso de ocho amigos o, mejor dicho, del Club de los octópodos azules. Ellos se conocieron a los cuatro años en un campamento durante las vacaciones de verano. Al final de aquellas dos semanas, hicieron una promesa especial: siempre se reunirían antes de que todos tuvieran que regresar a sus respectivas escuelas.

Este año sería diferente, ya que se llevaría a cabo la primera premiación a la mejor aventura en vacaciones. La idea era sencilla: cada uno contaría su mejor experiencia durante las vacaciones de verano y luego todos votarían para elegir la más genial. Sin embargo, Juan Diego y su padre les tenían preparado una enorme sorpresa.

En el día y a la hora pactada, siete niños y niñas se encontraron ante una enorme casa que no era para nada



normal. Había múltiples telescopios en todas las ventanas, burbujas escapando de las tres chimeneas y extraños aparatos que parecían antenas en el techo. De pronto, un niño con demasiados rizos rebeldes apareció justo delante de ellos.

—¿Cómo apareciste de la nada? —preguntó Richard asustado.

—Mi papá lo llama ho-lo-gra-ma. Vamos, intente darme un abrazo.

Majo se acercó, pero le dio un abrazo al aire. Ella se hizo para atrás asombrada.





—Genial, ¿no? Yo estoy en el sótano terminando de arreglar todo para la reunión.

—¿No vienes a abrirnos la puerta? —preguntó Esteban.

—Hay una mejor manera —dijo Juan Diego—. ¿Ven esa equis que está cerca del telescopio?

—¿Telescopio? ¡Hay veinte! ¿Cuál de todos es? —re-funfuñó Natalia.

—El rosado con puntos naranja. Deben pararse justo en la equis frente a él.

Majo fue la primera en encontrar el telescopio y la equis de la que hablaba Juan Diego. Una vez la hallaron, todos los integrantes del Club de los octópodos azules caminaron y se pararon justo en ella. Sintieron la tierra temblar justo debajo de ellos y, en menos de un abrir y cerrar de ojos, se encontraron cayendo sobre una enorme cama que parecía tan suave como una nube de algodón de azúcar. Delante de ellos estaba Juan Diego, el verdadero, haciéndoles una reverencia que alborotó aún más su cabello.

—Bienvenidos a mi guarida secreta. Anda, vengan conmigo.

Los siete amigos siguieron a Juan Diego por pasillos llenos de los aparatos más extraños. Desde piezas de robots hasta cosas que ni siquiera un experto en tecnología podría nombrar. Finalmente, llegaron a una habitación que tenía en el suelo ocho cojines formando un círculo. A



un lado se encontraba un hombre con el cabello tan alborotado como el de Juan Diego y un bigote grande y retorcido.

—¡Qué bueno verlos a todos juntos de nuevo! —dijo el padre de Juan Diego.

Uno a uno, los integrantes del club fueron tomando su lugar; todos a excepción de Juan Diego que desapareció por un instante, para luego regresar con una enorme caja. La dejó frente a su cojín y sacó un enorme casco con cientos de cables y luces.

—Yo puedo solo. No te preocupes, papá. Memorice cómo se debe usar.

—De acuerdo, pero no dudes en llamarme si algo sale mal... Espero que se diviertan.

Dicho esto, el extraño y extraordinario inventor sacó un libro de una estantería cercana y activó una puerta secreta. Se despidió de los integrantes del club y desapareció. Todas las miradas se dirigieron a Juan Diego y aquel aparato que sostenía en sus manos.

—¿Qué es eso? —preguntó Samanta.

—Es un casco proyector de memorias. Mi papá y yo lo creamos. Solo debes encenderlo y ¡boom! Todos podremos ver el recuerdo como si estuviéramos dentro una película.

—¿Y es seguro? —preguntó Richard con un poco de miedo.



—¡Sí! Mi papá y yo lo probamos muchas veces. A ver, ¿quién quiere ir de primero?

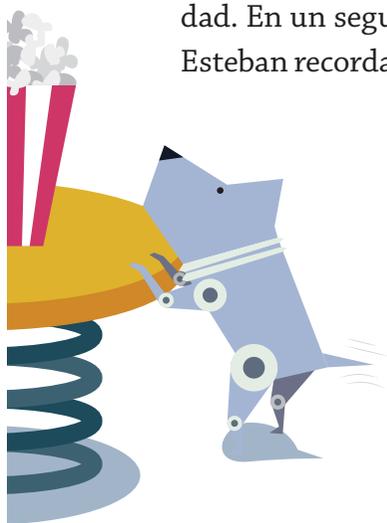
Todos los niños y las niñas se observaron en silencio por un momento, hasta que Esteban, un chico con pecas y un cabello alborotado y rojizo, levantó su mano con valor.

—Ahora, solo necesitas pensar en un recuerdo y nosotros lo veremos.

Esteban frunció el ceño concentrándose tanto que terminó encogiendo todo el cuerpo.

—De acuerdo, entonces damos inicio a la tradicional reunión del Club de los octópodos azules y a nuestro primer concurso de las mejores aventuras en vacaciones.

Todos aplaudieron y Juan Diego apretó de inmediato un enorme botón verde. El casco comenzó a vibrar y las luces parpadearon como si tuvieran demasiada electricidad. En un segundo, fueron transportados al lugar que Esteban recordaba.







# Aventura 1

## De cómo me perdí y me volví a perder





## Episodio 1

### Todo estaba bien

**B**ueno, yo había planeado todo para que fuera un día perfecto. Quería pasarla bien con Sam y disfrutar del parque y del Imperio de los juguetes. Especialmente porque necesitaba su ayuda para encontrar el regalo perfecto para el cumpleaños de mi primo. Sin olvidar que Nueva Roch es mi ciudad favorita y no podía desperdiciar una oportunidad para explorarla y observar sus increíbles edificios.

No les voy a mentir, al principio estábamos algo aburridos; después de todo, Nueva Roch es la ciudad de la aventura. ¡No deberías pasártela sentado en el parque central!

Sam y yo estábamos tirados sobre la grama como papas que se escaparon de un costal. No parecía haber nada que hacer. Por un lado, mis papás conversaban entre sí sobre cosas que tenían que preparar para la llegada de mi hermanita y, por otro, los columpios con cohetes propulsores del parque estaban ocupados por varios niños.

—Oye, tengo una idea —dijo Samanta—. ¿Por qué no sacas tu tableta y tu lápiz 3D?



Yo refunfuné un poco porque de verdad quería jugar en los columpios y volar tan alto como los cohetes de la estación espacial. Aun así, decidí hacerle caso. Saqué la tableta y la encendí. Ella me la quitó de las manos y abrió una aplicación de dibujo con rapidez.

—De acuerdo, ¿qué te parece si jugamos Veo, veo?

—Pero siempre jugamos eso, Sam... ¿y por qué me hiciste sacar la tableta y el lápiz?

—Se me ocurría que podíamos jugar una versión diferente —dijo mientras se quitaba un listón de su pelo—. Uno de nosotros se cubre los ojos y luego dibuja lo que el otro le describa. Luego de quitarse el listón, el que dibujó deberá tratar de adivinar qué es.

Me ofrecí de voluntario y Samanta me vendó los ojos. Luego revisó que no viera absolutamente nada, hasta el punto de que casi me mete los dedos en la nariz. Estaba ya listo, pero Sam no me decía nada. Así que intenté levantar el listón para ver qué sucedía.

—¡Oye! Sin hacer trampas.

—No hago trampa, pero no decías nada.

—Estaba eligiendo lo que estaba viendo... Un mentito...

—¿Ya? —dije después de varios minutos.





—¡Mo-men-ti-to!

Los ojos de Sam recorrieron todo el parque y se detuvieron en el área de juegos antiguos, una especie de museo con columpios, resbaladeros y sube y baja viejos. Algunos funcionaban y otros, no; unos tenían líneas rectas, mientras otros, curvas como las ruedas de viejas llantas que funcionaban de sillas. Aunque ninguno de estos le llamó mucho su atención, así que siguió buscando y observando con atención todo a su alrededor...

—¡Listo! Veo, veo algo alto, algo más alto que yo.

—Hay muchas cosas más altas que tú en la ciudad, Sam...

—Pero esta es especial, tiene cuatro líneas verticales.

Con esa pista, comencé a dibujar. Apreté el botoncito de la tapadera del lápiz y de su punta comenzó a salir una especie de plástico. Sin embargo, no podía hacer mucho, porque en una ciudad hay demasiadas cosas con líneas verticales y de gran tamaño.

—Tiene cinco líneas horizontales y un triángulo a cada lado. Esa es mi última pista.



Dibujé lo mejor que pude, aunque no es para nada sencillo dibujar cuando tienes los ojos tapados. Para cuando me quité el listón de los ojos, descubrí que mi dibujo en 3D parecía más una araña aplastada que lo que tenía en mente.

—¿Qué se supone que es eso? —murmuró Sam.

—Dímelo, tú fuiste la que eligió lo que debía dibujar.

—¡Es aquel columpio! Creo que solo te ganaste medio punto —dijo riendo Samanta.

—¡Verás lo difícil que es cuando trates!

Le vendé los ojos a Sam y me aseguré de que no pudiera ver. Le entregué la tableta y comencé a buscar algo para describir. Mis ojos recorrieron todos los edificios y cosas que había en el parque, desde un robot que corría como cangrejo detrás de un perro, hasta los carros que volaban entre los edificios. Seguí buscando hasta que di con el objeto perfecto.

—Veo, veo un rectángulo pequeño. Dentro del rectángulo hay dos líneas oblicuas.

—¿Oblicuas? ¿De qué estás hablando?

—Si te lo digo, estarías haciendo trampa.

—O por lo menos dame una pista. ¿Las líneas oblicuas son como las verticales?

—¡No! —respondí riendo.

—Entonces son las inclinadas, ¿no?

¿Esas que no son ni horizontales ni verticales?





## Aventura 1. De cómo me perdí y me volví a perder

—¡Exacto! Así son. En el mismo rectángulo hay un cono de helado.

Samanta dibujó rápidamente y se quitó el listón de los ojos al momento de termi-

nar. Decir que su dibujo parecía lo que le había descrito sería mentir. Era más como mi araña aplastada con un poco de sopa derramada y más desinflado que casi no parecía 3D.

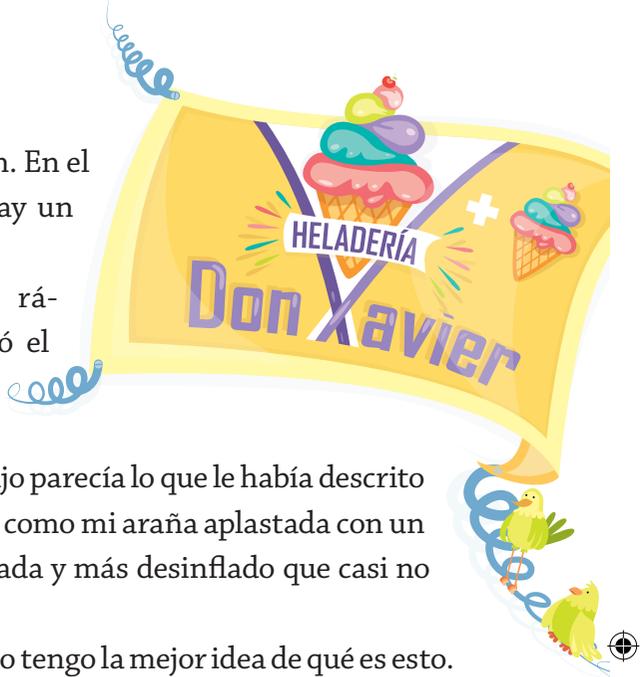
—Ok, tú ganas. No tengo la mejor idea de qué es esto.

—Es el cartel publicitario de la heladería de don Xavier —respondí señalándolo.

Sam frunció el ceño hasta que se dio cuenta de lo que decía el cartel: “¡Helados en oferta! ¡Compra un cono gigante y llévate otro gratis!”. Samanta sonrió de oreja a oreja.

—¡Tenemos que ir! —gritó como una ardilla.

Yo solo reí y asentí. No podría ser tan difícil llegar a la heladería, ¿verdad? Sin embargo, ninguno de los dos podría haber adivinado lo que se venía.

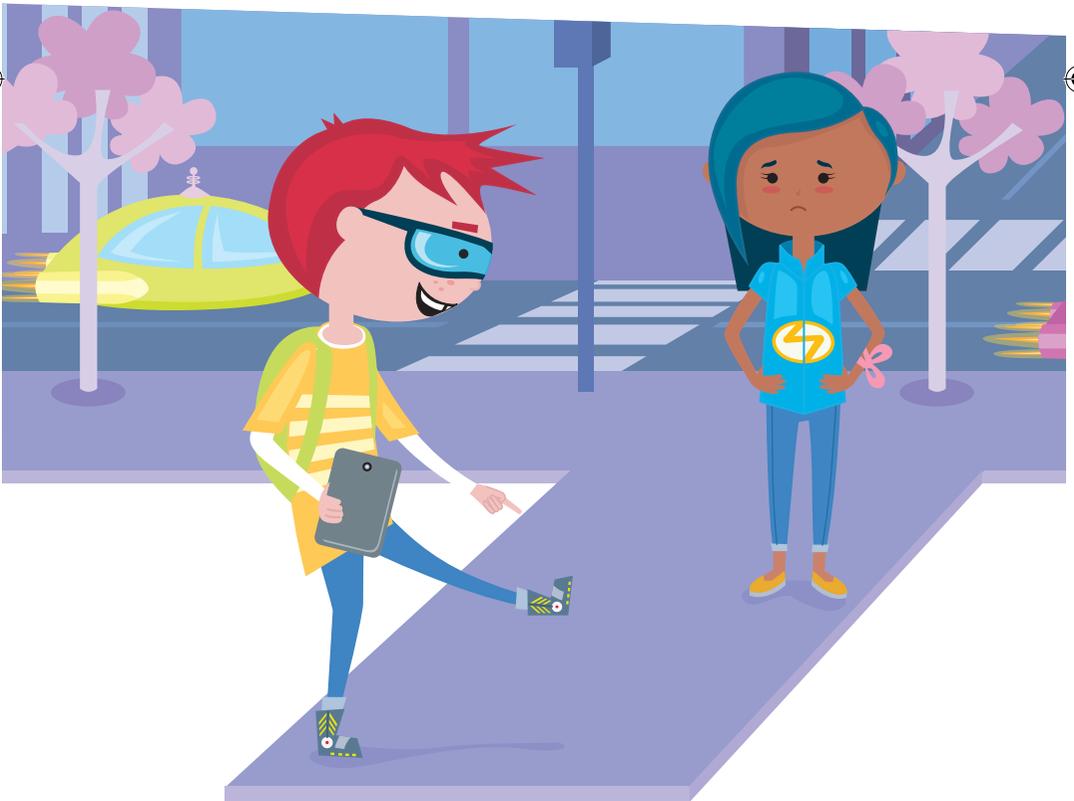




## Episodio 2

### Todo salió mal

**D**espués de pedirle permiso a mis padres y prometer diez veces que regresaríamos pronto, comenzamos a caminar por las calles de una de las ciudades más concurridas del mundo. Las bocinas, las conversaciones y el ruido de las máquinas inundaba todo el lugar. En





esas calles debías tener cuidado: había muchas personas y robots caminando. Sin olvidar que puedes terminar empapado gracias a los edificios que se lavan solos.

—Creo que deberíamos cruzar a la derecha en la siguiente calle —dije con duda.

—Momento... ¿a qué derecha?

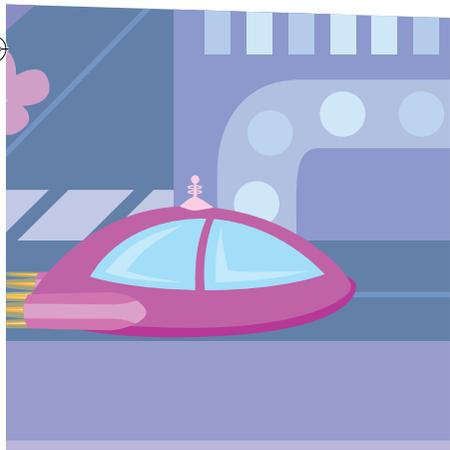
—¿De qué hablas? —pregunté.

—Si me paro viendo al edificio rosado, a mi derecha hay un semáforo... Pero si me paro frente al semáforo, a mi derecha está el hombre que está usando un disfraz de tiburón.

—Ah, ya... Debemos ver hacia el edificio rosado. No te preocupes, todo saldrá bien.

Todo hubiera ido bien si no hubiera dicho eso; porque, después, todo salió mal. Al cruzar en la esquina, nos encontramos en una de las calles más transitadas de la ciudad. No podíamos ni siquiera ver hacia dónde íbamos y, cuando el semáforo cambió a verde, nuestros pies dejaron de tocar el suelo... literalmente. Parecía que íbamos flotando.

Al detenernos, nos dimos cuenta de que no teníamos la menor idea de dónde nos encontrábamos. Había





edificios extraños, unos semicirculares y otros triangulares, pero no había señal alguna del parque o de la heladería. A pesar de ello, me distraje unos instantes. Y es que no puedo esperar a diseñar edificios tan hermosos como esos. Tal vez hasta podría hacer un edificio que flote en el aire... Pero todos esos pensamientos se esfumaron cuando grandes cantidades de agua helada cayeron sobre nosotros... Claro, edificios que se limpian solos... Brillante idea, excepto cuando estás justo a su lado.

Oficialmente estábamos perdidos y mojados. ¿Qué sucedería si no encontrábamos el camino de regreso? ¿Terminaríamos perdidos para toda la vida? ¿Volveríamos a ver a nuestros papás? ¿Regresaría a tiempo para ver la serie del Capitán Galaxia?

—¿Tienes alguna idea de cómo regresar? —pregunté en completo pánico.

Negué con la cabeza y nos quedamos en silencio por un rato. De pronto, un joven pasó volando en una patineta con propulsores. Su zapato izquierdo comenzó a brillar anunciando que iba a girar a la izquierda. Y en ese momento tuve una idea estupenda.

—Espera... ¡mis zapatos!

—¿Qué pasa con tus zapatos? ¿Te lastimaste? ¿Se mojaron también tus calcetines?

—¡Nos pueden ayudar a saber dónde estamos!





Aventura 1. De cómo me perdí y me volví a perder





Sam subió una ceja y me observó con curiosidad. Saqué mi tableta de la mochila, la encendí y, finalmente, golpeé mis talones tres veces. Las suelas de los zapatos comenzaron a brillar y una aplicación se abrió de inmediato en la tableta. En la pantalla podíamos observar cómo varias líneas verticales y horizontales aparecieron hasta cuadricular la pantalla. Las líneas horizontales estaban señaladas con números y las verticales con letras. De pronto, unas huellas naranjas aparecieron en la pantalla.

—Esto se parece a algo que nos enseñó la señorita Margarita en clase, ¿no?

—¡Exacto! Ella nos mostró una cuadrícula con letras y números como la aplicación. Nos dijo que nos permitía ubicar puntos y trazar recorridos. Para saber dónde estamos, tenemos que ver la línea vertical y la línea horizontal.

Sam se acercó a la pantalla e hizo cara de concentración al fruncir hasta la nariz.

—Vertical F y horizontal 5... Eso significa que estamos en la avenida 5 y calle F, ¿no? La heladería de don Xavier estaba en la avenida 4 y calle D...

—Tenemos que llegar a la vertical D y la horizontal 4.

—¡Entonces debemos movernos dos manzanas a la izquierda y una hacia abajo!





## Aventura 1. De cómo me perdí y me volví a perder

Ambos dimos saltos de emoción y salpicamos agua como perros mojados; viéndolo en el plano no parecía tan complicado. En ese momento nos pusimos en marcha siguiendo nuestro avance en la aplicación de mi tableta. Anduvimos, con cuidado, hasta que finalmente encontramos un edificio circular con muchos puntos de colores y un enorme cartel que decía “Heladería Don Xavier”.



Entramos emocionados y un adulto con cabello color algodón de azúcar nos atendió. Sam pidió un enorme cono de chocolate blanco y negro, yo preferí una mezcla de galletas de chocolate y vainilla. Pagamos y el heladero nos entregará nuestro pedido. Le dimos las gracias y, de inmediato, nos pusimos en marcha de regreso al parque mientras disfrutá-





## El Club de los octópodos azules



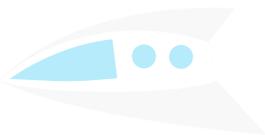
bamos de uno de los mejores helados que hemos probado en nuestra vida.

No tuvimos mayor problema para regresar al parque con ayuda de mi tableta y la aplicación de la cuadrícula letra-número. Al llegar, mis papás nos indicaron que era hora de ir a la Gran Avenida para visitar la juguetería.

—Oigan, ¿y por qué están mojados? —preguntó mi papá.

Sam y yo nos vimos y solo podíamos soltarnos a reír. En ese momento nada más importaba, porque estábamos demasiado emocionados por ir al Imperio de los juguetes. Sin embargo, en ese momento, no podíamos imaginar que todo se iría al desagüe.





## Episodio 3

### Todo salió mal... de nuevo

**S**i no han visitado Nueva Roch, hay algo que deben saber. ¡Hay demasiadas personas! ¡DEMASIADAS! ¡Imagínense cuántos edificios se tienen que construir para darle casa a tantas familias! Esta ciudad sigue siendo considerada una de las más pobladas en la galaxia. Por eso debes estar siempre atento a dónde vas y caminar rápido... a los nuevorrochinos no les gusta ir lento. Y la mayoría prefiere usar el transporte público y la elección favorita es el metro. Una especie de serpiente con ventanas y rueditas.

El sistema del metro subterráneo de la ciudad es uno de los más complicados y está formado por muchas líneas verticales y horizontales, y algunas oblicuas. Debes utilizar un mapa o, si eres como yo, debes seguir a tus papás y no separarte de ellos.

Bajamos las gradas y mi mamá tomó mi mano y la de Sam. Había personas con cabellos de todos los colores y ropa de todas las formas posibles... incluso había una mujer que llevaba un vestido que parecía hecho de globos. Y todos tenían prisa. Era algo de vida o muerte, o, mejor dicho, algo relacionado con llegar a tiempo a su trabajo.





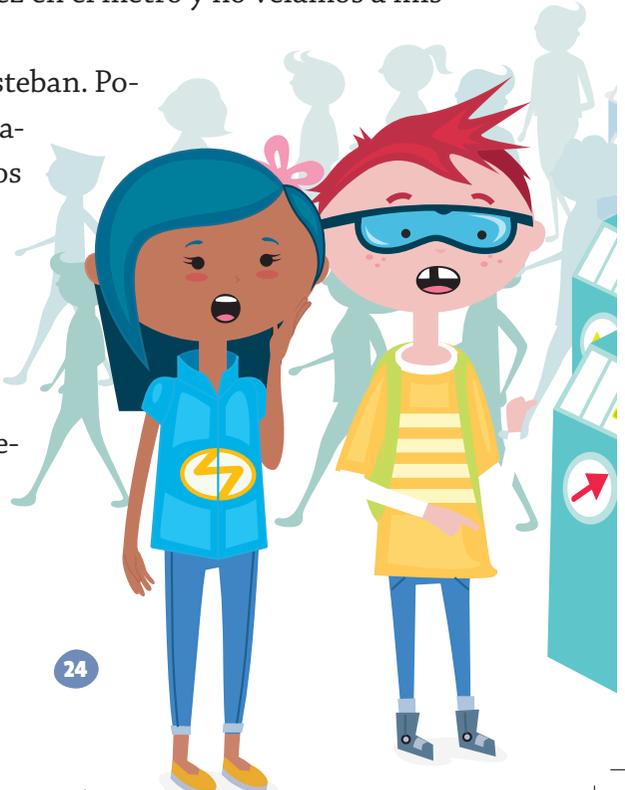
Veinte, cincuenta, ochenta, cien y perdí la cuenta. No me imagino el trabajo de aquel torniquete que contaba a todos los que iban entrando a la estación. Era un mar de personas que te apretaban y te movían. De pronto, sentí que mi mamá se alejaba.

Todo pasó en cámara lenta... Mi mano ya no se pudo sostener y nos separamos. Llegó a un punto en el que ya no podía ver el cabello de mi papá ni escuchaba la voz de mi mamá. Intentamos seguirlos, pero todo parecía igual en un mar de piernas, bolsas y paquetes.

Me aferré a la mano de Sam y nos pegamos a una pared lo más posible. No sabíamos qué hacer, ya que era nuestra primera vez en el metro y no veíamos a mis papás.

—La aplicación, Esteban. Podemos encontrar el camino como lo hicimos en la ciudad.

Sonreí. Ella tenía razón. Saqué de mi mochila la tableta y apreté el botón de encendido, pero nada sucedió. Lo hice de nuevo y hasta le di golpecitos a la pantalla, pero nada.





## Aventura 1. De cómo me perdí y me volví a perder

—¿Qué pasa?

—Creo que se le agotó la batería... No logro que encienda.

—¿Qué hacemos? —preguntó ella.

—Podríamos quedarnos aquí hasta que mis papás nos encuentren.

—Pero, ¿qué pasará si no lo hacen?

—No lo sé, Sam.

Comencé a mirar hacia todos lados, pero no encon-





traba a mis papás y no podía escuchar a nadie llamándonos. El sonido del metro pasando inundaba la estación, sin olvidar la música ruidosa y las conversaciones de las personas. Mis ojos buscaron por todos lados y se detuvieron al ver unos extraños carteles que estaban pegados en la pared. Uno de color naranja me llamó la atención, tenía números y diagramas de barras.

—Oye, mira eso, Sam.

Sam se volvió a ver de inmediato y comenzó a leer.

—Dice que mil personas usan el metro cada media hora y que, en dos horas, a veces, hasta nueve mil hombres, mujeres y robots utilizan el servicio.

—También dice que trescientas personas construyeron el sistema subterráneo.

—¡No! Allí dice tres mil.

—¿Cómo lo sabes?

—El tres está en la posición de los millares, no de las centenas. ¡Fueron tres mil personas!

Reímos un poco por mi error y seguimos viendo los carteles a nuestro alrededor. Algunos datos eran interesantes, pero no eran útiles para nuestra situación en aquel momento. Después de todo estábamos todavía mojados y perdidos... de nuevo.

—Mira ese diagrama de barras, Sam. Dice que por cada mil personas que usan el metro, cuatrocientas se pierden. Como nosotros...



De pronto, observé un cartel con una enorme flecha roja que decía “Ayuda”. ¡Esa sí era información útil! Tomé la mano de Sam y me preparé. Flecha tras flecha, íbamos corriendo hasta llegar a una caseta de color azul brillante. Allí mis ojos se abrieron como platos de sopa, mis papás estaban hablando de forma agitada con un robot de seguridad.

—¡Mamá! ¡Papá! —grité fuertemente.

Ellos voltearon a ver y mi mamá corrió hasta donde estábamos. Nos abrazó con fuerza, como si no nos hubiera visto en un año. Mi papá le agradeció al robot y nos cargó en brazos. La próxima parada era el Imperio de los juguetes en la Gran Avenida. Solo que esta vez estábamos seguros de que no nos podíamos perder de nuevo, ya nos habíamos perdido dos veces en un día, seguramente ya nada podría salir mal, ¿verdad?







## Episodio 4

### Todo fue increíble

**A**l salir de la estación del metro, nos encontramos en la Gran Avenida, o sea, la avenida principal de la ciudad. Había edificios gigantes, unos eran extraños —como el que estaba formado por una pila de triángulos de colores— y otros eran más normales. ¡Pero todos eran hermosos! No podía esperar a dibujarlos. A pesar de ello, seguimos caminando hasta dar con la más perfecta construcción: un castillo en plena calle.

Entramos de inmediato a la juguetería y olía a dulces y chocolates. Nos pusimos a explorar todo el lugar en busca del regalo perfecto para mi primo, aunque lo primero que encontramos fue un gigantesco tren que iba a lo largo de toda la tienda.

El tren era asombroso, pero tenía una cosa particular. Bajo los rieles había una especie de recta numérica. En la “estación” del tren estaba el número cero y, conforme avanzaba el transporte de juguete, observamos que los números progresaban... uno, dos, tres hasta terminar en 8999. Lo que nos parecía curioso era que en cada centena había una pequeña bandera roja.



## El Club de los octópodos azules

—Debe ser que marcaron los metros para saber cuánto recorrer el tren de juguete... Así que, redondeando, parece que recorre nueve mil metros —dijo Sam.



Asentí con la cabeza y seguimos nuestro camino por la juguetería sin percatarnos por dónde íbamos. Vimos robots gigantes, naves voladoras a control remoto y una casa de árbol que se construía sola. Sin embargo, ningún juguete me parecía el correcto para mi primo. ¡Esto ya era el colmo!

Por un segundo había perdido las esperanzas de encontrar el regalo perfecto hasta que Sam señaló una patineta para volar en el aire y sobre el agua. Era de color azul, estaba decorada con burbujas y medía un metro exacto. ¡Era perfecta! La tomé y me dirigí rápidamente a la caja registradora. Allí le pagué a una señorita con el cabello recogido en dos donas y ella envolvió el regalo en papel fosforescente.

Nuestro día estaba llegando a su fin y mi mamá nos dijo que tomaríamos el bus de regreso a casa para evitar el desastre ocurrido en el metro. Salimos y esperamos unos minutos en la parada. Sin embargo, el bus no aparecía por ningún lado. Después de un rato de espera y aprovechando que el día estaba muy lindo, preferimos caminar hasta el parque.



## Aventura 1. De cómo me perdí y me volví a perder



¡La suerte finalmente estuvo de nuestro lado! Justo cuando íbamos acercándonos a la entrada del parque apareció un autobús. Mamá pagó el pasaje y abordamos. Subirse



a uno de esos buses voladores se siente como subir a un bote; el piso se mueve un poco y te puedes marear con facilidad. Había música gracias a dos jóvenes que iban tocando la guitarra y me relajé en mi asiento. Sin duda, Nueva Roch es uno de mis lugares favoritos.

—¡Mira eso! —dijo Samanta—. Es como el tren de la juguetería.

Busqué con la mirada de qué hablaba Sam y me di cuenta de que en cada parada había una bandera roja que marcaba cinco metros de distancia recorrida desde la estación de salida hasta ciertos edificios importantes en la Gran Avenida. Ambos sonreímos. A pesar de todas las locuras, sin duda, fue la mejor aventura que tuve durante las vacaciones.

*Al terminar el recuerdo, el casco se apagó y todos aplaudieron. Sin embargo, nadie se dio cuenta de unas pequeñas huellas naranjas que decoraban el techo de la habitación.*







**Aventura 2**  
**Entre héroes**  
**y villanos**

**ABIERTO**





## Episodio 1

# Gigantomán y Minimán

**-¡E**s mi turno! —dijo emocionada Samanta.  
*Todos estaban de acuerdo y Juan*

*Diego le colocó el extraño invento en la cabeza a Sam. Movi6 algunos engranajes y ¡boom! Todos fueron transportados a una tienda de cómics.*

Aunque el día que pasé con Esteban fue genial, mi aventura favorita no fue esa. Sin embargo, también sucedió en Nueva Roch. Un día fui de visita con mi prima Titi y terminamos en uno de los mejores lugares: ¡la tienda de cómics de Abi y Geno!

Ese día fui con una misión especial: iba a comprar el nuevo número de *La Mujer Fantástica*. Lo estaba esperando desde las últimas dos semanas y no podía aguantarme las ganas de saber qué sucedería cuando la heroína se viera cara a cara con Júpiter, un horrible villano más grande que los rascacielos de Nueva Roch.



## El Club de los octópodos azules

Cuando entramos, el lugar estaba repleto de personas. Como las vendedoras estaban ocupadas atendiendo a otros clientes, mi prima y yo decidimos ver otros cómics mientras esperábamos. Unos venían en volúmenes y mis dedos recorrieron los números de sus portadas. Unos estaban organizados con números de forma ascendente y otros, más extraños, comenzaban con el volumen 999 e iban de forma descendente.

—¿Qué te parece si vemos los que están en el cuarto 3D? —me preguntó Titi.

Asentí y nos dirigimos a un cuarto con poca iluminación. Esa habitación estaba más vacía que la parte principal de la tienda, lo que permitía movernos con más facilidad. Había varios títulos interesantes, pero uno me llamó más la atención: *Gigantomán y Minimán contra el fin del mundo*. En la portada había un enorme hombre con un traje espacial y un diminuto punto en forma de persona. Lo tomé del estante y lo abrí con curiosidad.

Lo que pasó después me hizo tirar el cómic al suelo y soltar un grito. De las





páginas apareció un enorme ser, tan alto que tenía que agacharse para no golpearse la cabeza con el techo de la tienda y, a su derecha, estaba un diminuto hombre vestido de morado. Titi se volteó a verme preocupada, pero luego estalló en risas al ver qué había sucedido.

—Por eso le llaman cómics en 3D, son como ver las historias delante de ti. Anda, comienza a leer y verás qué pasa.

—“Gigantomán y Minimán sabían que el fin del mundo se acercaba y debían detener al malvado doctor Bram antes de que activara su rayo aniquilador” —comencé a leer.

Los personajes comenzaron a moverse delante de mí. Y cada vez que dejaba de leer, los héroes se detenían de inmediato, como si los congelara en el tiempo con algún rayo paralizador. Así que continué leyendo. Sin embargo, algo me confundía: con un solo paso Gigantomán podía recorrer una gran distancia, pero Minimán nunca lo alcanzaba.

—¿Por qué Minimán es más lento? —le pregunté a mi prima.



El Club de los octópodos azules





—Minimán es mucho más pequeño que una persona. Por eso, al caminar, avanza de milímetro en milímetro. En cambio, Gigantomán es tan alto como un edificio, por esa razón cada paso que da equivale a un kilómetro.

—Por eso hacen un buen equipo, ¿no? ¡Se complementan entre sí!

Decidí llevarme una copia de la historia. Así que cerré el cómic y regresamos a la parte principal de la tienda. La mayoría de las personas ya se había ido, ahora solo quedaba un señor regordete que usaba una capa verde. Ambas vendedoras estaban atendiéndolo y una de ellas se retiró a la bodega. Obtener mi cómic estaba siendo más difícil de lo que habíamos imaginado o algún supervillano estaba intentando probar mi paciencia.





## Episodio 2

# Un nuevo contrincante se aproxima

**P**asaron minutos y más minutos. ¡Era demasiado! Yo soy una niña paciente, pero ya se habían pasado. Caminé hasta donde se encontraba el hombre e hice un ruido para que se dieran cuenta que yo estaba allí, porque mi cabeza apenas llegaba a la caja registradora.

—Disculpe, ¿se tardarán mucho?

—Hola, pequeña —dijo una de las vendedoras, que tenía el pelo azul—. Disculpa las molestias, solo estamos terminando de ayudar al señor y en seguida estaremos contigo.





—¡Abi! —gritaron desde la bodega—. ¡Necesito ayuda con la figura de acción!

—¡Ahora voy! —. Nos volvió a ver y agregó: —Solo será un momento.

Mientras lo decía se dirigió a gran velocidad a la bodega. Yo solo observaba al hombre con curiosidad. ¿Qué tipo de figura de acción podría ser tan pesada para que necesitara de las dos vendedoras para traerla?

—¡Oh, *Gigantomán* y *Minimán*! ¿Es la primera vez que los lees? —me preguntó.

—Sí —dije tímidamente.

—¡Maravilloso! Ellos son fantásticos. Yo tengo unos cómics viejos de ellos, de esos que venían en blanco y negro. Me costaron una fortuna.

—¿Usted es coleccionista? —preguntó Titi.

—Sí, ese es mi trabajo. Lo siento por hacerlas perder tiempo.

—No se preocupe, señor —respondí más interesada en su trabajo—. ¿Cómo es trabajar como coleccionista?

Él se rio y su barriga se movió como un postre de gelatina aguada.

—Bueno, yo compro y luego vendo nuevamente los cómics cuando aumenta su valor. Por ejemplo, un cómic de *El Hombre Cucaracha* me costó quince opets cuando yo era joven, pero, conforme avanzó el tiempo, logré venderlo en mil quinientos treinta y



cinco opets. Mi colección actual vale miles de miles de opets.

Apenas pude responderle un ¡wow! Era impresionante. En ese momento supe a qué me quería dedicar: sería una coleccionista de cómics. Antes de que pudiera preguntarle otra cosa, las vendedoras regresaron con una enorme figura de acción y era igualito al de la historieta... Aunque, pensándolo bien, era más pequeño; pero creo que sería imposible tener un Gigantomán de tamaño real... a menos de que fuera una estatua gigante.





—Su total es de mil quinientos veintidós opets, señor Gutiérrez.

Él sonrió y entregó el dinero. En la pantalla de la caja registradora se observaba:

PRECIO			
1	5	2	2

Cuando la vendedora recibió el dinero, apretó un botón. De inmediato, en cada columna de la pantalla apareció un cero. Le entregó su factura y su cambio, y luego el señor se despidió. Con gran dificultad tomó la figura y comenzó a caminar hasta la puerta.

Para cuando ellas regresaron, yo estaba lista para pedir mi cómic de *La Mujer Fantástica*. Miles de hormiguitas de emoción recorrían mi cuerpo y me planté frente a la vendedora.

—Quisiera el nuevo cómic de *La Mujer Fantástica* —dije como un gato viendo comida.

La sonrisa de Abigail se vino al suelo en cuanto mis palabras dejaron mi boca. En ese momento supe que todo el universo estaba en mi contra ese día. La misión para esa mañana era sencilla: comer panqueques,





tomar el autobús para llegar a la tienda de historietas, pedir mi cómic nuevo, pagar y regresar a casa para pasar toda la noche leyendo. Fácil, ¿no? NO.

—Geno, ella quiere el nuevo cómic de *La Mujer Fantástica* —dijo Abi.

Su sonrisa también se borró. Yo solo quería mi historieta nueva. ¿Por qué tenía que ser tan difícil?





## Episodio 3

# Una gran sorpresa al final del día

**H**abía tres cosas que tenía claras en ese momento: primero, nada había salido de acuerdo con el plan; segundo, conseguir un cómic había resultado más complicado de lo esperado, y, tercero, la historieta que estaba buscando estaba agotada...

—De verdad, lo siento. Un chico se llevó el último ejemplar que teníamos en la tienda.

—¿No tendrán alguna copia en la bodega? —preguntó Titi al ver mi tristeza.

—No, en verdad lo sentimos, pero vendrá próximamente.

—¿Qué día? —pregunté.

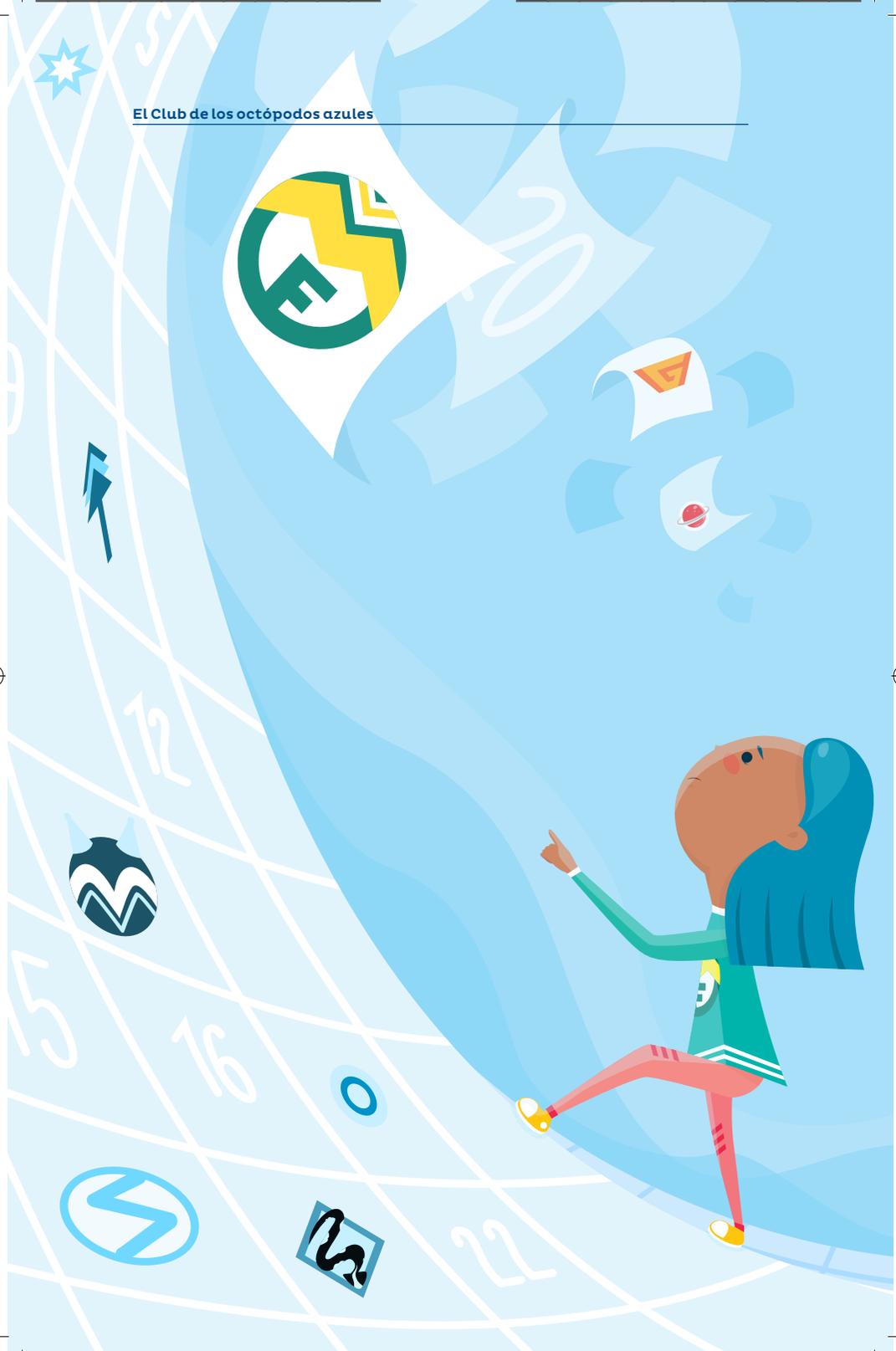
—Puedes verlo en nuestro calendario de próximas publicaciones y entregas —dijo Abi señalando una gran pantalla con todos los meses del año.

Me acerqué más rápido de lo necesario. El calendario abarcaba desde enero hasta diciembre e incluía todos los días de la semana: lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábado, sin olvidar el domingo. Pude observar que algunas fechas estaban marcadas con el emblema





El Club de los octópodos azules



de varios superhéroes. Busqué con cuidado “MF” y había varios en el calendario. Pero el primero que encontré estaba en la tercera semana del mes de mayo: era el vigésimo día. Eso significaba que estaba a siete días de la llegada de los cómics de *La Mujer Fantástica*. ¡SIETE DÍAS! Suspiré molesta y regresé hasta donde estaba mi prima. Rayos, tendría que organizar mi horario para tener tiempo para leer el cómic.

—¿Qué dice el calendario? —preguntó Titi.

—Vendrá hasta el 20 de mayo. No es justo... aunque también vi que pronto saldrán dos nuevos cómics, pero tengo que esperar más...

—¿Quieres irte a casa?

—Sí, solo quiero llevarme el cómic *Gigantomán* y *Minimán*.

Llevé la historieta hasta la caja y pagué seis opets; pero, antes de que el dependiente me lo entregara, lo conectó a una especie de dispositivo. Ella me vio sonriente cuando me lo devolvió dentro de una bolsa de papel.

—Apaga las luces al leer... Añadí una pequeña sorpresa. Esperamos verte en siete días.

—¡Muchas gracias!



Salí rápidamente de la tienda. La curiosidad me estaba ganando y casi arrastré a mi prima hasta la parada del autobús. No podía esperar a ver de qué se trataba la sorpresa.

Al llegar, la curiosidad me estaba matando. Abracé a Titi y corrí hasta mi habitación. Moví las cortinas y apagué toda posible fuente de luz. Me senté sobre mi cama y abrí el cómic. De inmediato mi cuarto se iluminó y pude observar una ciudad delante de mí. Pero, en lugar de ver a Gigantomán o a Minimán, delante de mí tenía a la Mujer Fantástica.

—Hola, este es un pequeño adelanto de mi próxima aventura.

¡No lo podía creer! Pude ver el adelanto del nuevo cómic en 3D y tenía delante de mí a la Mujer Fantástica. No importaba todo lo que había salido mal en el día si tenía frente a mí a una de las mejores heroínas de todo el universo. Después del adelanto del nuevo cómic, comenzó la historia de Gigantomán y Minimán. Titi entró en mi habitación con un plato de palomitas justo en el momento en que empezaba la narración.

Las cosas no habían salido como lo esperaba y no había logrado mi obje-





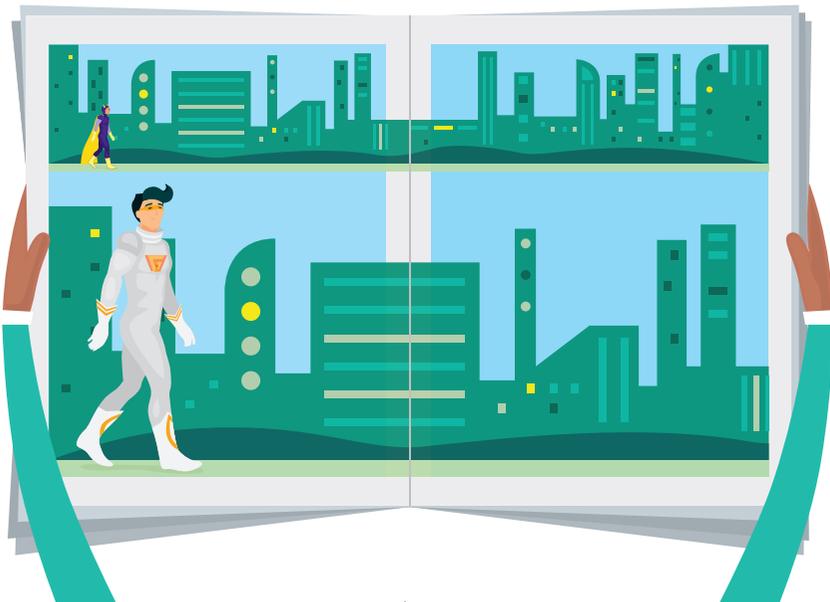
## Aventura 2. Entre héroes y villanos

tivo; sin embargo, el día no había sido malo, sino que me la había pasado muy bien con mi prima y descubrí nuevos superhéroes. Al final de cuentas, todo salió mejor de lo que esperaba.

—¡Wow! *Gingantomán se ve increíble*  
—dijo Arianna.

—*Minimán no se queda atrás* —comentó  
Juan Diego.

*Entre comentarios, risas y propuestas para juntarse a leer el cómic de los superhéroes, nadie se percató del pequeño hombrecillo que estaba sentado en la repisa. Él estaba atento a lo que decían de él, después de todo, Minimán estaba orgulloso de ser un héroe.*







# Aventura 3

## Una chef a la antigua







## Episodio 1

### ¿Qué haría sin la tecnología?

**T**anto Majó como Richard querían ser los siguientes, por lo que la mejor solución era decir quién iría de primero con la forma más justa que conocían: piedra, papel y tijeras.

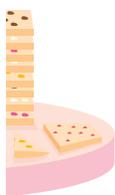
—Piedra, papel y tijeras... Uno, dos y tres... ¡YA! —dijeron ambos al mismo tiempo.

Al ver el resultado, Majó saltó de la emoción y ambos regresaron a sus lugares.

—Bueno, pero pido el siguiente turno —murmuró Richard.

Juan Diego le colocó el casco a Majó y movió todos los botones para preparar la proyección. Le preguntó si estaba lista y encendió el invento. Hizo un ruido raro, pero comenzó a trabajar con normalidad por lo que nadie le dio mucha importancia.

Yo estas vacaciones preferí quedarme en casa y ayudar a mi mamá y a mi hermano en la pastelería.

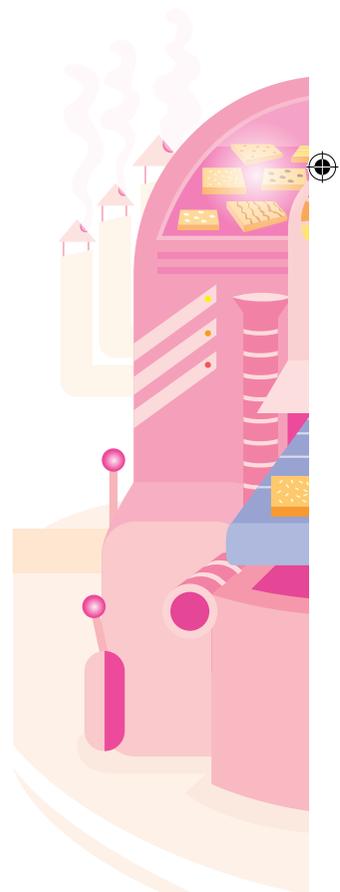




Pero no crean que mi verano fue aburrido. En ese lugar pueden pasar cosas divertidas, desde guerras de harina hasta comer chocolate a reventar. Aunque el recuerdo que elegí no es de un día común y corriente. Era el día en que Arianna me ayudaría con los pastelillos para el cumpleaños de Tita, una compañera de clases.

Estaba tan emocionada que me desperté a las seis de la mañana... ¡en vacaciones! Fui la primera en la cocina y encendí todas las luces. Antes de que llegara Arianna quería asegurarme de que todo estuviera funcionando muy bien. Así que me dirigí a una de las máquinas que me moría de ganas por usar: el Figurín BH2050. Es un aparato algo extraño y yo siempre le he dicho a mamá que parece una especie de elefante flaco. Lo especial de este aparato es que solo debes encenderlo y seleccionar la forma en que quieres que salgan las galletas y ¡listo! Es así de sencillo. ¿No es genial?

En fin, saqué de uno de los gabinetes una enorme bolsa de mezcla de galletas de chocolate y la puse dentro del “estómago” de la máquina. Como era la primera vez que lo usaba sola, tenía que probar hacer todas las formas. Así que primero marqué el número 3 y luego seleccioné la forma más sencilla:

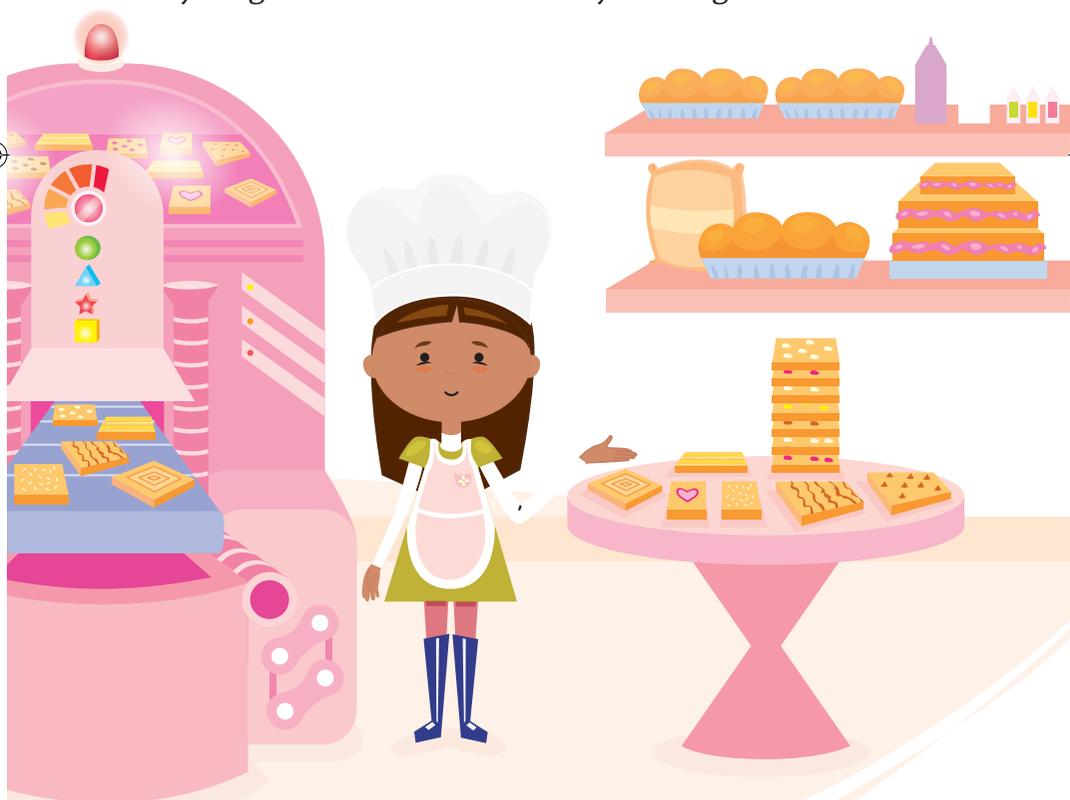




### Aventura 3. Una chef a la antigua

un círculo. El Figurín comenzó a temblar en mis manos y tuve que sostenerlo con fuerza para no ir a parar al suelo; sin embargo, no fui tan fuerte y las galletas salieron disparadas al techo y una terminó en mi cara.

Me preparé de nuevo, aunque esta vez me aseguré de tener los pies plantados en el suelo y sostener con fuerza la máquina. En lugar de formas circulares, prefería marcar los cuadriláteros, esas figuras de cuatro lados, y luego seleccioné cuadrados y rectángulos. Encendí





la máquina y me preparé, aunque esta vez no terminé en el suelo. Los cuadrados y los rectángulos salieron perfectos. Los podías partir a la mitad y cada parte era exactamente igual a la otra. ¿Cómo era la palabra que usaba Miss Polo? ¡Ah, sí! Simétricas. Los cuadrados y los rectángulos eran simétricos.

Luego recordé que había una figura que no había probado: los triángulos. Así que hice espacio en la mesa





y seleccioné la forma que quería, pero en el momento en que encendí el Figurín, una mano tocó mi espalda. Me di la vuelta gritando y las galletas salieron volando en dirección de la persona que estaba detrás de mí.

—¡Majo! ¡Soy yo! —gritó Arianna mientras trataba de defenderse del ataque de galletas.

Al escuchar la voz de mi amiga, me detuve de inmediato. Arianna tenía galletas entre su pelo y algunas se habían pegado en su ropa. Ambas terminamos estallando en risas.

Mientras recogíamos la evidencia del ataque de las galletas me percaté de que los triángulos eran diferentes... Pero no entendía exactamente el porqué. Así que puse uno sobre otro para ver por qué parecían tan distintos. Todos eran triángulos y tenían sus tres lados muy bien marcados, pero... unos eran gordos y otros flacos.

—¿Necesito lentes? Todos son triángulos, pero... es que son diferentes —dije.

—¿Verdad que no le has puesto atención a Miss Polo? —Ari se burló.

—¡Claro que sí! Yo siempre pongo atención en clase...





—A ver, dime cómo se llaman esos triángulos...

Me quedé en silencio, pero nada se me venía a la cabeza.

—Equilátero, isósceles y escaleno —dijo Ari y luego sacó la lengua.

—Ok, ok, tengo que poner más atención en clase.

Ambas reímos y bromeamos mientras recogíamos las galletas que habían volado por toda la cocina. Después de terminar de limpiar, preparamos todo para comenzar con los pastelillos. Algo que se me había olvidado mencionar sobre el Figurín HB2050: puede preparar pastelillos solo con añadirle una parte extra, unas cosas que parecían los pies del elefante. Arianna me ayudó a ajustarlos y todo estaba listo.

Mi dedo estaba sobre el botón y justo en el momento en que lo iba a apretar... ¡BAAAM! Un fuerte estruendo se escuchó fuera de la pastelería y de inmediato nos quedamos a oscuras. Ambas gritamos con fuerza y nos abrazamos. Segundos más tarde entró una figura a la habitación y gritamos con más fuerza. Aunque solo se trataba de mi hermano.

—Oigan, ¿están bien? —nos preguntó preocupado.

—Sí, solo nos asustamos... Fede, ¿qué fue eso?

—Aparentemente el generador de electricidad de la calle se fundió.

—¿Qué significa eso? —preguntó Arianna.





### Aventura 3. Una chef a la antigua



—Que no tendremos electricidad hasta que vengan los robots a repararlo.

Oh, no... Esto no podía estar pasando. Sin electricidad y sin los aparatos para cocinar, ¿cómo podríamos preparar los pastelillos para la fiesta de Tita que sería esa misma tarde? ¿Acaso estábamos destinadas a fallar? ¿Acaso sería el fin del mundo como lo conocemos y todos tendríamos que vivir como topos?

—Majo, no seas tan dramática —dijo Nicolás riendo.

—Vale, vale... Pero deben aceptar que la fiesta de cumpleaños de Tita está en peligro.





## Episodio 2

### ¿Cocinar a la antigua?

**A**ri y yo estábamos sentadas en una de las mesas de la pastelería haciendo una lluvia de ideas sobre posibles soluciones para el problema al que nos enfrentábamos. ¿Cómo íbamos a cocinar sin electricidad?

—¿Y si los compramos en otra pastelería? —preguntó Arianna.

—No creo. Es que... Es que se lo prometimos, Ari.

—Pero qué podemos hacer entonces...

—Por qué no los hacen como se hacían antes —dijo mi mamá.

—¿Cómo antes? ¿O sea que no siempre tenían aparatos para hacer los pasteles?

—Claro que no, incluso antes los hornos eran de gas o de leña... Vayan a la cocina y les voy a traer el libro de recetas de mi abuela. Saca harina y cocoa, Majo.

—Espera... ¿entonces hay que hacer la mezcla desde cero?

—Por supuesto —dijo mamá guiñándonos el ojo.

Corrimos hasta la cocina y agradecí que estuviera lo suficientemente claro para poder trabajar. Llamé a Arianna para que me ayudara a sacar la harina de la





### Aventura 3. Una chef a la antigua

bodega, porque no encontraba ningún paquete pequeño y tendríamos que usar un costal.

—Esto pesa muchísimo —refunfuñó Ari.

—Pesa 40... ah... ¿ka ge? Eso dice el saco. Mira hay una k y una g juntitas.

Finalmente, Arianna y yo logramos llevar la harina hasta la cocina con ayuda de una carretilla y toda nuestra fuerza. Por fortuna, el paquete de la cocoa en polvo era mucho más liviano que el saco de harina. Para cuando teníamos todo listo, mamá regresó con un libro viejísimo, de esos que huelen raro y que no necesitan baterías.





## El Club de los octópodos azules



—Recuerden que en la repostería es muy importante seguir las instrucciones y tomar muy en cuenta las medidas de masa. Para ello pueden usar la balanza que está en el armario. Usa baterías, todavía funciona bien.

—Gracias, mamá —dije al tomar el libro.

—Llama a tu hermano para

usar el horno de leña, ¿ok?

Asentí y nos pusimos a trabajar. Ari sacó la balanza y la puso en la mesa mientras yo abría el saco de harina. Al hacerlo, explotó y terminé con la nariz manchada de harina. Arianna al verme se comenzó a reír y la acompañé con más risas.

—Ok, ok, seriedad. Según la receta, primero tenemos que pesar y mezclar los ingredientes secos. Necesitamos 220 gramos de harina, 150 gramos de cocoa en polvo, 180 gramos de azúcar y 2 cucharadas de levadura.

—Un poquitito más despacio, porfis.

Mientras iba enlistando cada ingrediente, Ari los iba midiendo en la balanza y agregándolos a un bol grande. Luego, yo le agregué un poco de leche, 2 huevos, 100 gramos de mantequilla y una pizquita de sal.



Ari y yo teníamos todos los ingredientes listos en el bol. Pero ahora nos enfrentábamos a un gran problema: cómo lograríamos batir todo para formar la mezcla. Las batidoras no funcionarían sin electricidad. De pronto, los ojos se Arianna se iluminaron.

—¡Necesitamos de esas cosas raras! Yo vi una película de esas superantiguas, en la que el chef usaba un palito con la punta rizada.

La verdad es que no le entendí nada y solo hasta que Arianna se puso a buscar en las gavetas comprendí de qué se trataba: ¡una batidora de mano! Cuando Ari la encontró, nos turnamos para batir... Realmente extrañaba la electricidad.

Debíamos batir diez veces a la izquierda y diez veces a la derecha. Luego, repetir. Y así lo hicimos una y otra y otra y otra y otra vez... Era un trabajo que nunca parecía acabarse. Cocinar como lo hacían antes era más complicado de lo que pensaba.



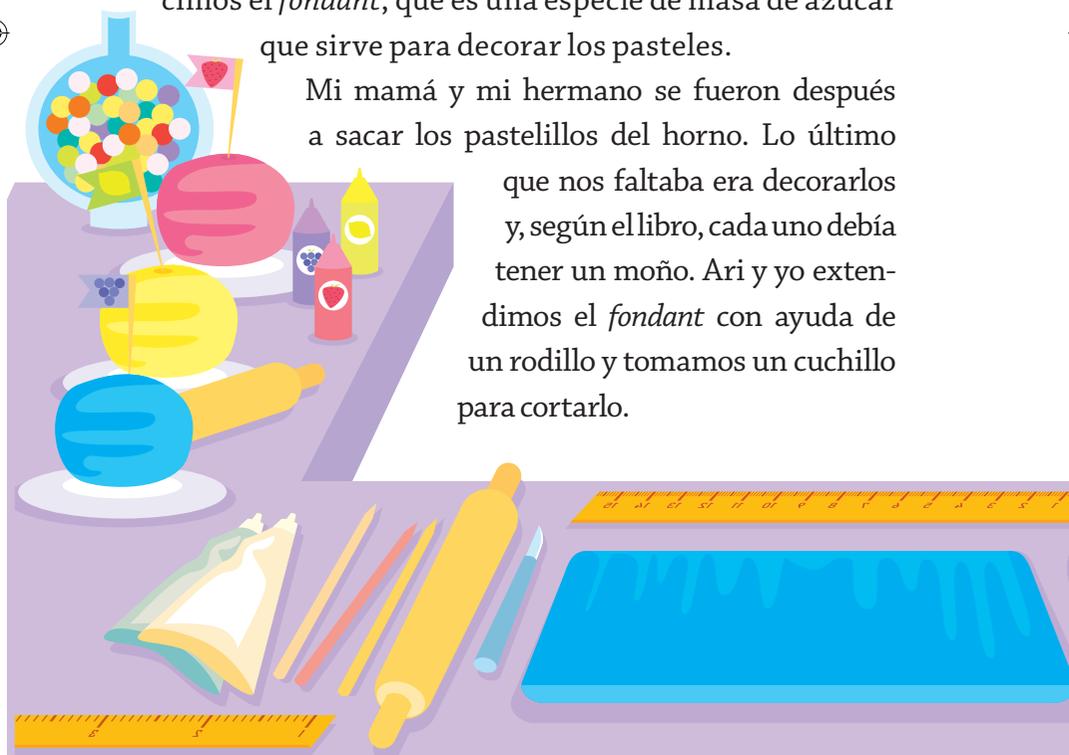


## Episodio 3

# ¿Cuánto dice que tiene que medir?

**T**erminamos medio muertas después de tanto batir y nuestros brazos no daban para más. Mi hermano mayor, Fede, nos ayudó a colocarlos en el molde y en el horno. Mientras estábamos esperando que los pastelillos salieran del horno, con mi mamá hicimos el *fondant*, que es una especie de masa de azúcar que sirve para decorar los pasteles.

Mi mamá y mi hermano se fueron después a sacar los pastelillos del horno. Lo último que nos faltaba era decorarlos y, según el libro, cada uno debía tener un moño. Ari y yo extendimos el *fondant* con ayuda de un rodillo y tomamos un cuchillo para cortarlo.





—Según esto, dice que cada listón debe medir exactamente un centímetro de ancho.

—¿Cuánto dice que tiene que medir?!

—Un centímetro exacto.

Como mi mamá había dicho que todo debía ser exacto en la repostería, fui por una regla y me puse a medir varias tiras de un solo centímetro. Necesitaba total concentración, aunque a veces me distraía con la risa de Arianna al decir que yo estaba sacando la lengua al cortar el *fondant*. Al terminar, hicimos los moños rápidamente y se los pusimos a los pastelillos. Antes de guardarlos, por seguridad, preferimos contarlos.

—¿18 más 15? —preguntó Ari al terminar.

—¿15 más 18? Da como resultado 33.

—No, yo quiero saber cuánto es 18 más 15, no 15 más 18.

—Es el mismo resultado... Siempre es 33.

Reímos un poco, pero, al ver el reloj, nos percatamos de que casi no teníamos tiempo. Así que metimos todos los pastelillos en una caja y salimos corriendo seguidos de mi hermano.





Por suerte no era tan lejos, pero, si no nos apurábamos, no llegaríamos a tiempo.

Íbamos tan rápido que uno de mis zapatos se quedó atorado en una grieta de la acera, haciéndome ir de cara y soltar la caja de pastelillos, que salió volando por los aires. Todo parecía ir en cámara lenta, todo, a excepción de mi hermano que salió disparado y cuando todo parecía irse al caño... ¡ZAZ! Mi hermano logra agarrar la caja de los pastelillos antes de que llegaran al suelo...

Luego del pequeño ataque al corazón, llegamos a la casa de Tita y ella nos recibió con una enorme sonrisa sin dos dientes.

—Vengan, ya algunos chicos llegaron y estamos jugando “la traes”.

Entramos a la sala rosada y nos encontramos con tres niños corriendo, seis en la cocina y siete en el patio de atrás... Sumándolos daban 16. Con Tita, su papá y nosotros éramos 20 en total. ¡Uf! Menos mal habíamos hecho





### Aventura 3. Una chef a la antigua

30 pastelillos y tres extra, por si acaso. Finalmente, ya relajadas, pudimos disfrutar del resto de la fiesta y, no es por presumir, pero déjenme decirles que no sobró ni un solo pastelillo. Ese día no salió como lo habíamos pensado, pero ahora podemos presumir de que podemos cocinar como lo hacían antes (cosa que no es para nada fácil). Por eso fue mi aventura favorita y lo mejor fue compartirlo con Arianna y mi familia.

*Mientras los demás aplaudían, Ari fue hasta donde Majo y la abrazó con fuerza. El casco se apagó no sin antes emitir un extraño pitido. Esta vez todos se dieron cuenta y, en el momento menos esperado, del techo cayeron ocho cosas en el centro del círculo.*

*—¿Qué es eso?!—gritó Esteban.*

